

Exaltación, recuerdo, profecía y rescate: cuatro marcos para contar la historia de la Conquista

Héctor Costilla Martínez
(Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Introducción

La conmemoración de acontecimientos históricos significativos como lo es el de la caída de Tenochtitlan genera en el lector no especializado en el tema una inquietud respecto a lo que “realmente pasó”. Este prurito cobra mayor dificultad cuando, al leer los relatos que dan cuenta del mencionado hecho, nos enfrentamos a narrativas con verdades, verdades a medias y mentiras en las que se enfrentan el bando de la civilización, la fe, la razón y el progreso contra el de la barbarie, la idolatría y la superstición, a través de la memoria, el espacio y el tiempo, modificados, apropiados o reinventados (Restall 2018). Dichas narrativas surgen desde la capacidad creativa, alimentada por las experiencias, tanto personales como grupales, que vivieron sus autores en el proceso de interacción entre las culturas involucradas en los hechos relatados.

Por lo anterior, en este trabajo propongo visitar las versiones de Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Bernardino de Sahagún y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl –surgidas entre la segunda mitad del siglo XVI y los primeros años del XVII–, para analizar algunos de los acontecimientos más importantes que derivaron en la caída del imperio mexica, con el objetivo de comprender la elaboración de sus respectivos marcos históricos desde las visiones de la exaltación, el recuerdo, la profecía y el rescate, respectivamente. Seguiré la propuesta de “marco” planteada por Franklin R. Ankersmit, como direcciones para reflexionar determinados hechos, a través de sus contrastes, planos, fondos, elementos primarios y secundarios como espacios de representación delimitados y definidos, que muestran, más que lo que “realmente pasó”, la capacidad de cada versión para atraer la atención hacia sí misma por lo que logra enmarcar (2004).

Las distintas formas, por parte de los cronistas mencionados, de narrar acontecimientos como la matanza de Cholula, el encuentro entre Moteuczoma y Hernán Cortés o la caída de Tenochtitlan, se abordarán a partir de las miradas híbridas que generaron los mencionados marcos históricos, pertenecientes a un proceso de acciones e interacciones identitarias amplias que transforman las tradiciones recibidas, a través de un doble movimiento que homogeniza lo europeo y lo mantiene en oposición con las convenciones similares homogéneas de lo no-europeo. Dicho proceso –generador de una fuerza política entre la visibilidad y la invisibilidad– se manifiesta en el poder descriptivo y evocativo de lo híbrido; en el cual se juega la reubicación de poder en la negociación de diferencias culturales, mediante una estrategia translacional de tono, valor, significado y posición, cambiante en términos de interpretación e institucionalización (Dean y Leibsohn 2010; Liebman 2015; Roe 2019; Trusted 2019). Así, de la relación y de la comparación entre quienes están detrás de cada mirada y el marco en el que las reproducen, se podrá identificar la posición y la situación, así como la plasticidad desde la que emergen las imágenes narradas.

Francisco López de Gómara y el marco de exaltación

El primer caso es el de Francisco López de Gómara quien, bajo la influencia del humanismo renacentista, pugnó por una disciplina histórica basada en las fuentes escritas y en las autoridades clásicas, centrando la mayor parte de su narrativa histórica en la

figura de Hernán Cortés.¹ Señala que la creación de su marco textual parte del agrado y el deleite gracias a la novedad y extrañeza en las cosas del mundo encontrado. Mediante una lengua común y capítulos cortos con sentencias que van de lo breve a lo prolijo, con las que busca “decir las cosas como pasan”, lo que puede tener como consecuencia que ningún historiador contente jamás a todos (1979a, 3 y 8).

Otro punto importante en el encuadre histórico que propone es el énfasis que hace en la necesaria creación de obras como la suya, dirigida en particular, hacia un receptor interesado en su obra para conocer, bajo un marco apacible y deleitable, las cosas de las Indias con algunas particularidades nuevas y verdaderas. Resaltando que nunca “nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas auestas” (Gómara 1979a, 7-8). Es mediante la imagen de la “España que camina” en pos de su destino providencial, que Gómara justifica su intención de engrandecer la Gran Historia del imperio hispánico. Por lo anterior, se considera que es la exaltación el punto en el que Gómara sitúa el marco histórico de su obra *Historia de la Conquista de México* (1552), para indicar a su lector las direcciones para reflexionar sobre los acontecimientos más importantes con distintas valencias emocionales (Ankersmit 129-130). Para ejemplificar lo anterior, se abordarán la entrada de Cortés a Cholula, el encuentro del conquistador con Moteuczoma y la caída de Tenochtitlan, hechos en los que busca enaltecer “el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra” (Gómara 1979b, 4).

En el capítulo LVIII “El solemne recibimiento que hicieron a los españoles los de Chololla”, López de Gómara inicia con la advertencia de los tlaxcaltecas a Cortés sobre la emboscada que les tenía preparada Moteuczoma. En seguida, lo que da el fondo de exaltación para representar el peligro en la expedición de los españoles hacia Cholula, es el llanto del tlaxcalteca Maxicatzin ante el riesgo de tal empresa, la extraordinaria compañía de cien mil hombres de guerra y la petición de muchos cholultecas que le rogaban evitar la compañía de sus enemigos los tlaxcaltecas (Gómara 1979b, 118-119). Imágenes secundarias que dan pie a la escena principal de este acontecimiento en el marco propuesto por Gómara para situar al ejército español liderado por Cortés en el centro de la escena, al ser recibido en Cholula por miles de nativos que, con obsequios, saludaban a los españoles, “maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos” (1979b, 119).

El encuadre de la entrada de Cortés a Cholula bajo la admiración y la maravilla que despierta su escuadrón en los nativos se refuerza con las grandes cantidades que engrandecen el marco evocando un espacio extraordinario. Mismo que le permitirá al cronista español matizar las acciones del conquistador y exaltar negativamente las de los nativos en la posterior matanza. Llama la atención cómo, previo a la masacre en Cholula,

¹ Francisco López de Gómara (1511-1559) escribió, además de la *Historia General de las Indias* y de la *Historia de la conquista de México*, obras como *Vida de Hernán Cortés*, *Anales de Carlos V* y *Crónica de los Barbaarrosas*. Se sabe que fue alumno del bachiller Pedro de Rhua, contemporáneo del grupo de humanistas conformado, entre otros, por Juan Luis Vives, Sebastián Fox Morcillo, Antonio Lull y Juan Páez de Castro, quienes buscaron integrar la Gran Historia de España durante la época de Carlos V (1516-1558), partiendo de dos hitos históricos: la Reconquista del territorio hispánico en contra de los moros y el llamado Descubrimiento de América. Pedro de Rhua, en sus *Cartas al Obispo de Mondoñedo* (1540), señala que la presencia de lo divino y universal es necesaria en el escrito histórico para alcanzar la verosimilitud. Bajo un estilo en el que los hechos narrados deben ir “adornando é ilustrando con variedad de afectos, digresiones y frescas figuras de bien decir”, a través del cual, la forma en que el historiógrafo elabora su discurso se valida en el grado de autoridad del cual está cargado, en el que “cobran los viejos autoridad y acatamiento porque han visto y oído” (240). Es de destacarse que, de lo propuesto por de Rhua, se puede entender que “el alma de la historia” depende de la autoridad y de la verosimilitud que alcance el historiador, de su capacidad para crear un efecto de verdad con los recursos expresivos necesarios para su consecución. Aspectos que su discípulo López de Gómara asimiló y adoptó en sus historias como se verá en este apartado.

Gómara destaca a Cortés como quien siempre les había dicho la verdad a los cholultecas, mientras que ellos le habían mentido (1979b, 121). Esto resulta de vital importancia, ya que es lo que posteriormente le permite al cronista justificar la violencia ejercida por los españoles, en la condena hecha por Cortés a los de Cholula al señalar que “por esta maldad, dijo, moriréis todos: y en señal de traidores, se asolaría la ciudad, a no quedar memoria; y pues ya lo sabía, no tenían para que negarle la verdad” (Gómara 1979b, 122). El desenlace de este hecho en la versión gomariana, ejemplo de la hibridez manifiesta en la creación e intervención intencional de nuevos escenarios que son transformados (Young 23), exalta el gran ímpetu y enojo del ejército español, comprobados en la muerte dada a seis mil enemigos en dos horas, y con la quema de casas y torres, imágenes que inmediatamente se suavizan con las órdenes de Cortés para que no matarán a más niños y mujeres, y que detuvieran el saqueo y la destrucción (Gómara 1979b, 122-123).

Gómara utiliza la misma fórmula para enmarcar el encuentro entre Cortés y Moteuczoma, así como la caída de Tenochtitlan, hechos en los que la ubicación principal se la da al conquistador, dejando en un plano secundario a otros soldados y a sus aliados indígenas, disminuyendo la figura del enemigo a través de su representación negativa, bajo los mismos fondo y tono mostrados en la entrada a Cholula. Para relatar los acontecimientos del 8 de noviembre de 1519, el cronista español invita a admirar a Cortés cobijado por sus 400 compañeros y 6,000 aliados indígenas, entrando por una calzada por la que apenas podían andar, con “la apretura de la mucha gente que a ver a los españoles salía”. De nuevo, el recurso de la *admiratio* local por la figura conquistadora soporta el marco propicio para tal acontecimiento, en el que se ve a Moteuczoma ataviado como el gran *tlahtoani* que es, encontrarse con Cortés en un puente, quien le regala un collar. En seguida Moteuczoma se aleja con uno de sus sobrinos, mientras que otro lleva a Cortés de la mano hacia los aposentos asignados (Gómara 1979b, 132).

El conquistador que aparece en el marco gomariano neutraliza la figura extraordinaria del *tlahtoani*, ya que, en esta versión, es el que toma la iniciativa y se posiciona en el centro de la acción. Lo que, en consecuencia, genera una igualdad, tendiente a la superioridad de Cortés sobre Moteuczoma. Todo esto con un fondo en el que, a través de puertas, ventanas y azoteas, mucha gente se arremolinaba para ver a los españoles, según Gómara, maravillados de “la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran” (1979b, 132). Así, el deleite que genera el marco evocado por Gómara, entendido como una parte del mundo dentro de un espacio definido por la representación (Ankersmit 290), se logra gracias al espectacular fondo en el que se imponen la grandeza de Cortés por sobre la de Moteuczoma y la imagen de sus soldados por encima de la muchedumbre nativa.

El marco de exaltación con el que López de Gómara encuadra su versión de la conquista de México, se desarrolla en los capítulos CXLII al CXLIV. La secuencia de imágenes muestra en un primer plano a Cortés participando en la matanza de 800 enemigos, quemando posteriormente las casas de Cuauhtémoc, a los tlaxcaltecas soportando su empresa al aniquilar a 12,000 rivales más, quienes cierran esta secuencia llorando a coro su desventura, rogando a los españoles que los acabasen de matar, todo frente al magnánimo Cortés, de quien resalta Gómara, tenía gran compasión por los mexicas (1979b, 273-274).

Aunado a lo anterior, el episodio de la prisión de Cuauhtémoc añade otras imágenes al marco de los derrotados: el llanto de mujeres y niños que quiebra el corazón de los españoles, la pestilencia de los cuerpos ya sin vida, el caos ante la inminente caída entre rumores de la huida de su *tlahtoani*, gente sin saber a dónde ir, atestando barcas y arrojándose al agua. Todos sucumbiendo ante la presencia de los conquistadores, engrandecida por Gómara en la imagen en la que Cortés ordena a Pedro de Alvarado

soltar la escopeta como señal de inicio para acometer a los mexicas (1979b, 276). Posteriormente, la perspectiva colectiva del enfrentamiento entre conquistadores y mexicas se vuelve a desplazar hacia la focalización de los representantes de ambos bandos. Ante el acecho a la barca de Cuauhtémoc por parte del soldado Garcí Holguín, el *tlahtoani* es pintado como el símbolo de la caída. Se le ve rendirse, en contraposición a la alegría del soldado español; luego le pide a Cortés que lo mate con su puñal, quien se muestra nuevamente magnánimo ante el derrotado, a quien “consoló y le dio buenas palabras y esperanza de vida y señorío” (Gómara 1979b, 277). Así, el marco de exaltación a la empresa cortesiana, como primera muestra en este trabajo del contraste entre el primer plano y el fondo, entre lo importante y lo secundario (Ankersmit 230), se cumple con una estampa como metáfora de la idealización de la Conquista: Cuauhtémoc sube a una azotea, ordena rendirse a los suyos, quienes inmediatamente “dejaron las armas en viéndole”. A una sola voz, según cifras de Gómara, 70,000 mexicas dan muestra de la sumisión y el vasallaje que les ordena Cortés hacia su rey (1979b, 277).

La mirada híbrida que se despliega en el marco de la exaltación desarrollado por López de Gómara recuerda las indicaciones dadas por este cronista en su advertencia “A los trasladadores”. Pide a quienes quieran pasar su historia a otras lenguas guardar “la sentencia, mirando bien la propiedad de nuestro romance”, sin quitar ni añadir “letra a los nombres propios de indios, ni a los sobrenombres de españoles, si quieren hacer oficio de fieles traductores” (1979a, 5). Con ello, busca garantizar la perdurabilidad y fijeza en su escritura histórica, producto de una mirada en la que lo híbrido se muestra como herramienta conceptual que destaca los efectos de reunir diferentes tipos de significación en el mismo momento de la práctica en cuestión, enfatizando las ambigüedades simbólicas y los conflictos que surgen en la interacción intercultural (VanValkenburgh 306). Herramienta que será utilizada desde distintas posiciones e intenciones como se verá en seguida.

Bernal Díaz del Castillo y el marco del recuerdo

El marco con el que histórica y textualmente se ha contrapunteado el de López de Gómara, como bien se sabe, es con el creado por Bernal Díaz del Castillo desde el cajón de los recuerdos del soldado conquistador. En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568) pretende alcanzar el efecto de “verdad” en su obra a partir de “lo visto y lo vivido”. Si bien, al igual que Gómara, apela a un estilo llano, se distancia del historiador oficial al rememorar su marco histórico desde su experiencia en el campo de batalla, dándole a su versión un carácter de “verdadera y notable relación” debido a dicha cualidad (XXXV).²

Junto a la constante reiteración de la primera persona,³ lo que se percibe en el proyecto historiográfico bernaldiano es un objetivo consistente en *reactualizar* pensamientos pretéritos en su propia mente, en apropiarse de ellos, en definitiva, *en re-pensar* (Berulés 17; cursivas del original), desde intenciones claramente pragmáticas que surgen, en primer lugar, por refutar las que considera historias “falsas”—en particular la de Gómara.

² Esta cualidad se la da el Bernal Díaz del Castillo (c.1496-1584) encomendero y corregidor, quien más de 40 años después de las aventuras pasadas con el ejército cortesiano, desarrolla desde el inicio de su historia, la estrategia del recuerdo de la verdad en la construcción del tres veces heroico joven Bernal como participante en las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y Hernán Cortés, acontecidas entre 1517 y 1519. Generando así, una propuesta historiográfica alternativa a la planteada por Gómara basada en un solo vencedor de los mexicas.

³ Baste recordar como ejemplo de esta característica en el relato bernaldiano, el pasaje de marras del primer capítulo en el que reitera: “soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España” (2).

En segundo, en la búsqueda de reconocimiento para el grupo de soldados que realizaron la conquista de territorios en el Nuevo Mundo, erigiéndose como el portavoz de quienes quedaron fuera de los libros, “sin haber memoria de nuestras personas ni conquistas” (585). Apela a una postura estilística tendiente a una retórica “popular” que engarza al sujeto enunciante con el personaje de la historia, como desdoblamiento del soldado español que reclama justicia histórica (591), mediante la experiencia nostálgica del pasado, como diferencia entre lo que es y lo que fue, en el flujo conjunto de sujeto y objeto (Ankersmit 67). Lo cual queda claro cuando el cronista señala que hace relación para que sus descendientes puedan decir: “Estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa, y gastó la hacienda que tenía en ello, y fue en conquistarlo de los primeros” (593).

Al revisar los mismos hechos analizados en la versión de Gómara, se observa que en el marco propuesto por Bernal el plano de participación se ensancha, el fondo ofrece un panorama más amplio, el tono cambia y la relación entre personajes españoles principales y secundarios es más incluyente. En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, la secuencia enmarcada en la entrada a Cholula muestra a los caciques de Tlaxcala –no a uno solo– alertando a los españoles de sus enemigos los cholultecas y los mexicas, y ofreciendo a Cortés un ejército de 10,000 hombres–no de 100,000–; Bernal se coloca junto con sus compañeros soldados al lado de Cortés, quien les consulta qué hacer respecto a cuántos tlaxcaltecas deberían acompañarlos a Cholula (141). A diferencia del plano idealizado de Gómara en el que se muestran los primeros contactos entre españoles y cholultecas, en la versión de Bernal Díaz del Castillo el conflicto que se representa en el plano de este encuentro es de un mayor realismo, como se observa en las demandas de los conquistadores a los nativos para abandonar a sus ídolos y obedecer a su rey, peticiones ante las que los nativos deciden negociar (143). De hecho, lo que en apariencia podría percibirse como coincidencia entre la mirada gomariana y la bernaldiana, resulta en una sutil modificación en esta última, al utilizar la negación en la admiración que provocó la entrada de los soldados españoles a Cholula para asumir el control de la imagen al relatar que “era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles y azoteas estaban llenas, y *no me maravillo de ello, porque no habían visto hombres como nosotros, ni caballos*” (143; las cursivas son mías).⁴

Las imágenes que preceden la matanza en Cholula se enmarcan en una secuencia para su justificación basada en la rememoración de su autor, en la que relata burlas y actitudes retadoras de los nativos. En los previos a los hechos sangrientos, el marco bernaldiano recuerda y propone un escenario más amplio en el que se incorporan Marina y Aguilar como intérpretes y, de nuevo, el grupo de soldados entre los que se encuentra Bernal a quienes el capitán mandó juntar para mantenerlos alerta, ya que alguna maldad intuía entre los nativos (144). El marco para la escenificación que excusa la matanza cholulteca se complementa con la confesión de los indios de Cempoala sobre la emboscada contra los españoles, con el aviso de los tlaxcaltecas a Cortés sobre los sacrificios realizados por los cholultecas “a su ídolo, que es el de la guerra”, y con Marina, quien recaba más confesiones (145-147). Motivos que justifican el escenario en el que se lleva a cabo la masacre de nativos, sobre la que se relata:

[...] nosotros estábamos muy a punto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta del gran patio, para no dejar salir ningún indio de los que estaban con armas y nuestro capitán también estaba a caballo, acompañado de muchos soldados para su guarda. (147)

⁴ En Gómara: “Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando a los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos” (1979b, 119).

Al apelar a su recuerdo, el autor de la *Historia verdadera* logra formar parte de la representación mediante el uso del “nosotros” para incluirse en la acción principal y, mediante el uso del adverbio “también”, coloca a Cortés en una perspectiva más cercana a sus huéspedes. A diferencia de la oposición desarrollada por Gómara en este acontecimiento entre verdad/falsedad, en Bernal cobra tintes maniqueos, cuando Cortés por boca de Marina les recrimina a sus enemigos “que no sean malos, ni sacrifiquen hombres, ni adoren a sus ídolos”, invitándoles a seguir “las cosas tocantes a nuestra santa fe” (147-148).

En el capítulo LXXXVIII sobre el encuentro entre el *tlahtoani* y Cortés, Bernal Díaz del Castillo insiste con un marco más plural en el que él y otros soldados españoles se muestren con un rol de mayor importancia. La calzada en que se da el encuentro recuerda de ocho pasos de ancho y llena de canoas, con cosas tan admirables que no sabían qué decir, en la que junto a 400 soldados tenían “muy bien en la memoria las pláticas y avisos” de sus amigos huexotzingas, tlaxcaltecas y tlalmanalcas contra el peligro de entrar a Tenochtitlan (160). En lo que se refiere al encuentro Moteuczoma-Cortés, el marco bernaldiano coincide con el de Gómara al representar a un *tlahtoani* ataviado muy ricamente con calzado con suela de oro y fina pedrería. Sin embargo, en el momento en el que acontece la reunión, el marco se expande, al incluir a Marina (161). A diferencia del marco de Gómara, en el de Bernal son dos los sobrinos a los que Moteuczoma ordena acompañar a los soldados—no sólo a Cortés—para “que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos”. La representación desde la primera persona del plural le permite a la voz narrativa, desde la estrategia del recuerdo, ampliar su inserción a través de la multitud que los salía a mirar: “Era cosa de notar, que ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó” (161).

En los capítulos en los que Bernal Díaz del Castillo relata la caída de Tenochtitlan, en el CLV se ve a Cortés acordar con sus capitanes y soldados entrar a la plaza mayor de Tlatelolco, y a los grupos encabezados por Sandoval y Alvarado ganar puentes y albarradas de los enemigos. El ir en el grupo de Alvarado le permite a Bernal apelar al recuerdo para narrar, con tristeza y horror, como, en una de las casas de los mexicas, colgaban las cabezas de algunos de sus compañeros en unas vigas, con las barbas y los cabellos muy crecidas, más que cuando estaban vivos, cosa que el soldado “no lo habría creído si no lo viera” (363-364).

La estrategia del recuerdo en Bernal permite apreciar un marco de corte realista en el que se aprecia a un Cortés que no se podía valer ante los tantos batallones de mexicas, quienes dieron muerte a tres españoles y dos caballos (366). Misma estrategia que impera en el capítulo CLVI en el que se narra la captura de Cuauhtémoc. La pintura de tan extraordinario acontecimiento es trazada por Bernal desde la rememoración a través de un plano que vuelve a resaltar al colectivo y bajo una perspectiva área en la que Cortés, en la parte alta del templo mayor de Tlatelolco, junto con Pedro de Alvarado, Francisco Verdugo y Luis Marín observan la entrada de los bergantines, encabezada por Gonzalo Sandoval, a las casas de Cuauhtémoc (367).

La forma en la que Bernal encuadra los hechos permite que el resto de los soldados no sólo formen parte de la escenografía que enaltece a Cortés en la versión gomariana. El recuerdo como contrapeso de la exaltación, apela al detalle en las cualidades del soldado Garcí Holguín, enviado por Sandoval para perseguir y atrapar a Cuauhtémoc, de quien se dice, “era muy suelto y gran velero de su bergantín y traía buenos remeros” (367). Cualidades que le ayudan a capturar al *tlahtoani* mexica, quien temeroso pide ser llevado ante el capitán español. Previo al encuentro entre Cuauhtémoc y Cortés, Bernal con el efecto de realidad que caracteriza el marco textual de su historia, recuerda el conflicto

entre Sandoval y Garcí Holguín por ver quién se adjudicaría la gloria de capturar al gobernante mexica, como muestra tanto del dominio del escenario por parte de la voz narrativa que rememora los detalles de la discusión, como del desplazamiento de la focalización en más de un solo personaje. La escena siguiente, muestra la versión bernaldiana sobre el giro histórico del 13 de agosto de 1521 en la que Cortés recibe alegremente al cautivo Cuauhtémoc, quien le pide matarlo con su puñal (368).

En la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Cortés responde con palabras amorosas al *tlahtoani* mexica mediante sus lenguas, Marina y Aguilar. Lo que permite que en el marco bernaldiano, muestra de una escritura que es parte de un corpus para estudiar las acciones e interacciones sobre la identidad social desde una mirada híbrida (Roe 654), aparezcan en el sometimiento a Cuauhtémoc, además de Cortés y sus intérpretes, Sandoval, Garcí Holguín, el *tlahtoani* y dos de sus capitanes. Imagen que se extiende mediante el recuerdo de la voz narrativa la cual, a manera de pase de revista aprovecha para reconocer a otros capitanes y soldados quienes, como Bernal, fueron actores importantes en tan grande triunfo (368- 369). En su obra, Bernal Díaz del Castillo muestra la habilidad para rememorar tanto desde su calidad de testigo de los hechos como de la validación de lo dicho por otros, que puede corregir o mejorar a su gusto, es decir superando la simple estrategia del desmentido, llevándola a la ampliación de lo que hasta ese momento se había escrito sobre la empresa cortesiana.⁵

Bernardino de Sahagún y el marco de la profecía

Por otra parte, Bernardino de Sahagún, el miembro más reconocido de la orden franciscana que emprendió la labor de evangelización en los territorios conquistados, coordinó un monumental proyecto historiográfico a través de los doce libros que conforman la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1580) con el objetivo de organizar y clasificar aspectos fundamentales de la cultura náhuatl para su posterior erradicación o adaptación, de acuerdo a los intereses de su tarea de conversión.⁶ Los

⁵ En el capítulo CCVI de su historia, Bernal Díaz del Castillo ofrece más elementos sobre lo que aquí se ha denominado el marco del recuerdo, al hablar sobre cómo eran sus compañeros de batallas cuando llegaron a territorios conquistados: “[...] y más digo que si como ahora lo tengo en la mente y sentido y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y maneras y rostros y facciones, como hacía aquel muy nombrado Apeles o los de nuestros tiempos Berruguete y Miguel Ángel [...] dibujara a todos los que dicho tengo al natural” (577). Lo que hace Bernal es apropiarse de las herramientas discursivas a su alcance para construir un marco en el que el joven que llegó a América con alrededor de 20 años de edad pueda desenvolverse como ejemplo del soldado leal a la corona española, en beneficio del hombre mayor que es al momento de la escritura. De esta forma, en el respaldo al colectivo soldadesco encuentra la forma de enaltecerse.

⁶ Bernardino de Sahagún (c.1499-1590) llegó al Nuevo Mundo en 1529, después del arribo del grupo de tres misioneros franciscanos, encabezado por fray Pedro de Gante en 1523, y del grupo de 12 misioneros que llegó en 1524—entre los que destacaron Martín de Valencia y Toribio de Benavente “Motolinía”. Uno de los logros más notables que tuvo la orden franciscana como parte de la misión evangelizadora que les fue encargada, fue la fundación del célebre Colegio de la Santa Cruz en 1536, planeado como centro formativo para los descendientes de la nobleza indígena. La creación de este colegio tuvo un impacto notable en la concreción de la obra de Sahagún. Como el mismo fraile franciscano lo señala en el prólogo del primer libro de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, fue el padre Francisco Toral quien le encomendó desarrollar esta monumental obra (15), que se construyó durante aproximadamente 30 años a través de memoriales, memoriales con escolios, la versión a tres columnas en castellano, en náhuatl y con ilustraciones—conocida como *Códice Florentino*—y la versión castellana—*Historia general de las cosas de la Nueva España*. Durante este proceso, la participación de los conocidos “informantes” o “ayudantes” nativos—entre los que figuraron Antonio Valeriano, Alonso Vegerano, Martín Jacobita y Pedro de San Buena Ventura, formados bajo el modelo del mencionado Colegio de la Santa Cruz—fue de vital importancia para trasladar y filtrar la información recibida de fuentes indígenas a los moldes importados por Sahagún, gracias a su dominio del náhuatl, del español y del latín. Para una revaloración sobre la

postulados que sustentan el marco textual propuesto por Sahagún en el libro XII sobre la conquista de México, basado en lo profético, aparecen en varios de los prólogos de la mencionada obra.

En el prólogo al primer libro se manifiesta la proyección escatológica que sobre estas tierras idealizó su orden, al señalar que, antes de establecer su predica, se requiere conocer las “cosas idolátricas” de los nativos desde su raíz para su posterior erradicación (15). A lo que se añade la luz como metáfora funcional de la historia universal trasladada a los nuevos territorios, asimilada por la focalización teológica de Sahagún en la búsqueda por rescatar a los conquistados de la oscuridad, es decir de la falta de letras y religión, mediante su obra, que funciona desde la consabida imagen de “una red barredora” (16).

Sahagún ofrece más justificaciones sobre la importancia de su escritura en el prólogo del segundo libro en el que menciona la minuta que creó para recabar la información contenida en sus libros “para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan” (71). Mientras que en el tercer libro, apela a la autoridad de San Agustín para denunciar “las fábulas y ficciones que estos naturales tenían cerca de sus dioses” porque “bien es que tengamos armas guardadas para salirle al encuentro [al demonio]” (183). Es evidente que aquí se explaya la discursividad providencial cristiana en la que un “nosotros”, diferente al de Díaz el Castillo, se manifiesta como la energía positiva que lucha contra la negativa de “ellos”, los indígenas objetualizados como “cosas producto del demonio”.

Es desde dicha dislocación ontológica con que se define a las culturas amerindias con respecto al ser europeo (el de la “luz”) de la que parte Sahagún para plantear su marco de tintes proféticos. La comprensión y explicación del Nuevo Mundo es claramente providencial en la *Historia general de las cosas de Nueva España*, bajo la retórica de la homogeneización, característica de las crónicas escritas por misioneros en el período novohispano,⁷ en la que se despoja al otro y se le reviste de acuerdo con la experiencia del observador colonial, para “que sean alumbrados de las tinieblas de la idolatría en que han vivido, y sean introducidos en la iglesia católica” (697).

La postura sahaduniana se manifiesta como el punto álgido de esta historiografía de la normatividad en la que se puede ubicar el momento en que se establecen, aquí en la tierra, los límites de la luz de la verdad, como alegoría del proceso colonizador. Así, se puede percibir un marco diferente al establecido tanto por Gómara como por Bernal en la forma en la que se presentan en el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* los acontecimientos arriba mencionados sobre el proceso de Conquista. Respecto a los hechos que suscitaron la matanza de Cholula, se hace énfasis en la entrada previa a Tlaxcala, más que en la del hoy espacio poblano. Se señala cómo los españoles fueron acogidos pacíficamente, alojados en las casas reales en las que recibieron un gran trato y a las hijas de la nobleza tlaxcalteca (710). Además de la fraternidad retrada entre ambos grupos, sellada con la mezcla racial mediante las mujeres obsequiadas, en esta versión se ponen en un plano primordial la enemistad entre tlaxcaltecas y cholultecas, y el motivo de la masacre desde la percepción negativa que de los aliados mexicanos tienen los de Cortés, generada por la indiferencia ante la entrada del ejército español por parte de los cholultecas quienes “no hicieron cuenta de nada, ni los recibieron de guerra ni de paz, estuviéronse quedo en sus casas” (710).

participación e identificación de estos personajes en la obra coordinada por Sahagún, véase, Castro-Klarén (2018), quien propone desestabilizar la atribución directa de autoría al misionero franciscano, desplazándola al reconocimiento de los *neotlacuilos* como participantes directos en la conformación de la obra, en contra del rol pasivo como simples informantes con el que regularmente se les etiqueta.

⁷ He trabajado este aspecto en la obra de otros cronistas misioneros en “El proyecto franciscano de evangelización en la Nueva España: un análisis comparativo entre G. de Mendieta y J. D. Arricivita” (2021) y en “Diego Durán y los saberes nativos desde el rasero de la cronística misionera” (en prensa).

En la versión sahaduniana resalta que no son ni las conjuras cholultecas ni los sacrificios, los detonantes de la matanza perpetrada por el ejército cortesiano, sino la apatía mostrada por este pueblo ante su presencia, como se reitera en el marco en el que encuadra la violencia ejercida, al ver que de esto, “tomaron mala opinión de ellos los españoles, y conjeturaron alguna traición”, por lo que “entraron a caballo, habiendo tomado todas las entradas del patio, y comenzaron a lancearlos y mataron todos cuantos pudieron” (710). Si, de acuerdo con Ankersmit, el marco es la transición entre pasado y presente, que consiste en lo que no está sujeto a escrutinio histórico y en el que el efecto de realidad se hace visible dentro de la dinámica del marco que se expande (2922-93), en el marco profético propuesto por Sahagún tiene mayor significado las consecuencias provocadas por la matanza, que la masacre misma. Bajo un fondo caótico, propio del discurso escatológico presente en esta historia, vemos a los mensajeros mexicas ir de allá para acá anunciando lo acontecido en Cholula, a la gente en Tenochtitlan alborotada y desasosegada, con la sensación de que la tierra se movía, bajo el espanto provocado por los hechos violentos cometidos por los españoles (710).

En este mismo encuadre, Sahagún ubica el encuentro entre Cortés y Moteuczoma, alterando y transformando imágenes locales tradicionales, a la manera de una hibridación iconográfica (Trusted 672). Prepara la atmósfera de la escena en los capítulos previos al pintar al *tlahtoani* triste y cabizbajo ante los augurios negativos para su pueblo, que confirman la profecía de su próximo fin (712).⁸ Dando pie a que, párrafos después, desde el enfoque providencial franciscano, dé su versión de este acontecimiento histórico en la que Moteuczoma puso un collar de oro y de piedras a Hernán Cortés, dirigiéndose a él para darle la bienvenida, invitándolo a su trono y reiterando que ya sus antepasados habían vaticinado su llegada (713).

En la versión de Sahagún destacan en el plano central del encuentro las ofrendas que el *tlahtoani* regala a Cortés, no su imagen y vestimenta, lo que permite pasar de la entrega material a la simbólica por parte de Moteuczoma al conquistador. Además de que, a diferencia de los marcos gomariano y bernaldiano, en el del franciscano no son los sobrinos los que llevan a Cortés a sus aposentos, sino es el mismo capitán español quien “tomó por la mano a Mochtezuma, y se fueron ambos juntos a la par para las casas reales” (714), reforzando la imagen de la transferencia de poder, a través del contacto directo y no mediado, entre ambos personajes.

La secuencia en la historia de Sahagún sobre los acontecimientos que culminaron el 13 de agosto de 1521 se recrea desde el tono escatológico, el fondo de caos y confusión, y el plano en el que sitúa a vencedores y vencidos en la escenificación del cumplimiento de la profecía. En víspera de la consumación de los hechos, aparecen los mexicas bajo el asombro de “un fuego así como torbellino que echaba de sí brasas grandes”. Se magnifica la figura del personaje que viene a cumplir la profecía, Cortés, desde una variante de la perspectiva área vista en Bernal, al relatar que “subióse encima de una azotea” en el barrio de Amáxac” desde donde “estaba mirando a sus enemigos” rodeado de sus soldados a la espera de Cuahitémoc con su rendición (731). En seguida se observa la imagen de la captura del *tlahtoani* desde la óptica sahaduniana en la que se ve como “los españoles que estaban cerca del agua, tomaron por la manos a Cuahtemoctzin amigablemente, y llevaronle adonde estaba el capitán D. Hernando Cortés encima de la azotea”, quien “luego lo abrazó, y le mostró muchas señales de amor al dicho Cuahtemoctzin y todos los españoles le estaban mirando con grande alegría, y luego soltaron todos los tiros por

⁸ Para un análisis detallado sobre los augurios, señales y presagios que anticiparon la llegada de los españoles en el libro XII de la *Historia General de las cosas de la Nueva España*, véase Diana Magaloni-Kerpel (2008).

alegría de la conclusión de la guerra” (732). En esta versión de la caída de Tenochtitlan no aparece el puñal con el que Cuauhtémoc le pide a Cortés darle muerte, en su lugar, en la hibridación manifiesta en las formas furtivas del deseo colonial (Young IX), se sitúa al centro del marco la posesión amorosa del pueblo conquistado y la explosión de júbilo de quienes llevaron a cabo el cumplimiento de lo ya profetizado.

En el marco propuesto por Sahagún en el libro XII de la *Historia de las cosas de la Nueva España*, lo profético se mueve desde dos derroteros: el crónológico para explicar a los nativos, desde el influjo providencial, la transición entre pasado y presente, y el epistemológico, para, desde el mismo impulso, disminuir la distancia entre las prácticas culturales, como lo es el caso de la religión. Lo que inevitablemente se ejecuta desde una mirada híbrida que es estructuralmente ambigua, pero que se inserta en un discurso donde su función performativa estimula a sus receptores a resolver su ambigüedad, redundando en la aceptación de la religión del colonizador (VanValkenburgh 30).

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y el marco del rescate

En el caso de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, los hechos analizados en los anteriores cronistas, se encuadran en su decimotercia relación del *Compendio histórico de los reyes de Tetzucoco*⁹ bajo la lógica del rescate. Se propone esta aproximación a la creación de su marco histórico según lo señalado por Pablo García Loaeza respecto a la forma en la que Fernando de Alva toma como base la versión de Bernal Díaz del Castillo, incorporando al infante Ixtlilxóchitl como el verdadero héroe de la Conquista, lo cual abonaría en la pretendida recomendación a su autor como descendiente de tan importante personaje (211), y en varios pasajes de sus obras.¹⁰ Por ejemplo, en la *Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España* destaca la importancia de rescatar “extrañas cosas y tan peregrinas y nunca oídas, sepultadas y perdidas de la memoria de los naturales”, poniendo sobre la mesa lo fundamental que se volvió la preservación de los archivos, las historias precortesianas y la palabra de los informantes locales para las élites indígenas (1975a, 285-286). En esta *Sumaria relación* se establece una crítica a los españoles, al señalar que sus historias, “son tan fuera de lo que está en la original historia y las de todos éstos, y entre las falsas, la que en alguna conforma es la de Francisco Gómara”, como una de las causas para explicar la pérdida de las “cosas de los naturales” antes mencionadas. En contraste, destaca al final de esta relación la ardua labor de recopilar, estudiar y obtener la “verdad” que puedan contener los relatos de índole indígena, como aspecto clave para su inserción en los marcos textuales autorizados en su tiempo (1975a, 288).

En la *Relación sucinta en forma de memorial de la historia de la Nueva España* Alva

⁹ García Loaeza señala que: “Así es como aparece el título, impuesto por Carlos de Sigüenza y Gongora, en el manuscrito original” (202n4). Las citas del *Compendio* y de las otras obras de Alva Ixtlilxóchitl mencionadas en este trabajo se toman de la edición de las *Obras históricas* realizada por Edmundo O’Gorman.

¹⁰ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (c.1578-1650) es el autor más reconocido de la crónica mestiza novohispana. Descendiente del linaje de Nezahualcóyotl, ocupó en las primeras décadas del siglo XVII diferentes puestos en el ámbito letrado de su tiempo como los de juez gobernador de Tlalmanalco, Chalco y Texcoco, y el de intérprete de en el Tribunal de indios de la Nueva España. Su familia tuvo posesión del cacicazgo de San Juan Teotihuacán desde la segunda mitad del siglo XVI hasta las postrimerías del XVII. Entre 1608 y 1625, aproximadamente, escribió su prosa histórica que incluye, además de los textos mencionados en este apartado, su obra más estudiada, la *Historia de la nación chichimeca* y la copia a la que se tiene acceso actualmente de la *Relación de Texcoco*, original de Juan Bautista Pomar. Para una justificación más amplia sobre por qué considerar esta relación como parte de la obra de Fernando de Alva y para un análisis más extenso sobre la crónica mestiza novohispana en general, véase Ramírez Santacruz y Costilla Martínez (2019).

Ixtlilxóchitl puntualiza aspectos como la descendencia, la memoria y la diferencia con otros pueblos, fundamentales para recordar y rescatar la grandeza de sus antepasados, de quienes sus descendientes se encuentran en su presente histórico, “muy pobres y arrinconados, [siguen] aguardando la misericordia de Dios y que su majestad se acuerde de ellos” (1975b, 408). La experiencia nostálgica del pasado aparece en el marco propuesto por el texcocano mediante una conciencia dolorosa del sujeto, la del ser desplazado que está donde no desea estar, tratando de anular infructuosamente dicho desplazamiento (Ankersmit 384-385). Constante a lo largo de su escritura, el problema de la historia perdida será uno de los temas que más le interesaron a nuestro cronista, ya que el recuerdo de los grandes señores que gobernaron en estas tierras antes de la llegada de los españoles fue determinante en la herencia y la propiedad de muchas de las familias de estos señores principales. Desde esta óptica es como se puede entender su preocupación por “que los que menos saben son sus descendientes” (Alva Ixtlilxóchitl, 1975b, 408).

En el *Compendio histórico de los reyes de Tetzaco*, el cronista destaca en la undécima relación las enseñanzas de Jenofonte, para quien era importante destacar las virtudes en las biografías de los grandes personajes, a partir de su obra sobre el rey persa Ciro, como modelo para contar en sus obras la vida de Nezahualcóyotl o la del infante Ixtlilxóchitl (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 439). En la misma decimotercia relación manifiesta el persistente malestar ante el desdén con el que los colonizadores omiten la ayuda brindada por los texcocanos. Por lo que se reitera la importancia de la idea de rescate bajo la que el cronista texcocano quiere enmarcar y en consecuencia desenterrar los hechos notables de sus ascendientes, que están muy sepultados, y no hay quien se acuerde de ellos y de la ayuda que dieron a los españoles (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 496). Finalmente, en la *Sumaria relación de la historia general de esta Nueva España desde el origen del mundo hasta la era de ahora* denuncia la quema que hicieron los evangelizadores de muchos documentos prehispánicos, de los que su rescate hubiera ayudado a confirmar a Texcoco, según se indica en el Prólogo al lector, como “la metropoli de todas las ciencias y buenas costumbres” (Alva Ixtlilxóchitl 1975d, 527). El cronista texcocano es consciente de que, para resarcir esta situación, se requiere de una mirada híbrida generadora de una estrategia de autoconstrucción, que se manifiesta en un marco que alberga taxonomías sociales incrustadas en diferentes formas de conciencia y regímenes de conocimiento, del cual emerge, más que un linaje racial, uno epistemológicamente híbrido (de la Cadena 262).

Lo anterior lo plasma Alva Ixtlilxóchitl en la decimotercia relación del *Compendio histórico de los reyes de Tetzaco*, que trata “De la venida de los españoles, y principio de la ley evangélica”. Por ejemplo, sobre el encuentro del 8 de noviembre de 1519, prepara su marco al bosquejar a un Moteuczoma dubitativo, que recurre a su Consejo para tomar una decisión sobre si recibir o no a los cristianos. Lo cual aprovecha para colocar al príncipe texcocano Cacama cerca de la acción, aprobando la recepción de los “embajadores cristianos” del mayor emperador del mundo. Secuencia que da pie a la imágen en la que “otro día salió Moteuczoma con su sobrino Cacama y su hermano Cuitlahua y toda su corte a recibir a Cortés” a quien “después de haberlo recibido lo llevó a su casa y lo hospedó en las casas de su padre el rey Axayaca, y le hizo muchas mercedes, y se ofreció de ser amigo del emperador, y recibió la ley evangélica” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 451).

Lo que destaca en este encuadre bajo la perspectiva del rescate en la decimotercia relación es la forma en la que Cacama, *tlahtoani* texcocano, cobra un rol protagónico para que el encuentro entre el señor mexica y Cortés se lleve a cabo, en beneficio de la nueva fe. En esta relación no aparece la entrada de los españoles a Cholula, por lo que se hará referencia a la manera en la que cronista texcocano enmarca el encuentro entre su

ancestro, Ixtlilxóchitl y Cortés, al plasmar a su pueblo como salvaguardia de las huestes españolas, a quienes “le salieron a recibir algunos caballeros, y entre ellos el infante Ixtlilxóchitl” y “aposentaron en los palacios del rey Nezahualcoyotzin, en donde cupo muy a gusto todo el ejército, y se les dio todo lo necesario” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 455).

Este marco, ejemplo de la evolución del escrito histórico que constantemente busca crecer o expandirse (Ankersmit 291), es propicio para que más adelante el príncipe Ixtlilxóchitl aparezca en primer plano como general de los texcocanos matando a muchos rivales o a Tecocoltzin, también descendiente de Nezahualcōyotl, cenando codo a codo con Cortés tratando los asuntos de la guerra, que “por su buen parecer e industria se concertaban todas las cosas que ellos definían” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 456-457). La mirada desde la que Alva Ixtlilxóchitl relata el proceso de Conquista en su relación muestra una amplitud diferente a la de los cronistas antes mencionados, ya que en ella caben Cortés, sus soldados y, ahora, los texcocanos, como se puede volver a ver en una batalla entre españoles y xochimilcas, en la que Cortés hubiera sido capturado si no hubiera sido por la llegada de sus soldados y de los “aculhuas y los demás en su favor, que luego echaron a huir a los enemigos” (1975c, 460).

Estas escenas justifican que más adelante se vea a señores nativos cercanos a Ixtlilxóchitl “hacerse amigos con los cristianos y favorecerlos en las guerras” y al mencionado príncipe texcocano hacer alarde junto a Cortés del ejército conformado. Para, más adelante, y en un ejemplo de como la fuerza política de la hibridación se manifiesta en el conflicto entre visibilidad/invisibilidad desde el poder descriptivo y evocativo (Dean y Leibshon 6), incluirse entre los notables soldados españoles al relatar que “visto por Cortés la multitud de gente que estaban de su parte, con acuerdo de Ixtlilxóchitl y de todos los demás señores se repartieron en este modo que mandó Cortes” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 461). A los marcos de la exaltación, del recuerdo y de la profecía, se agrega el del rescate para conocer una de las miradas de los “otros” que lucharon contra los mexicas, que toma elementos de dichos marcos, modificándolos y explayándolos en un encuadre local en el que se sitúa en primer plano, desde el contrapunteo y la comparación, la coadyuvancia de los texcocanos. Esto, tanto en el plano de la fe, de quienes querían ser amigos de los cristianos que les traían la luz verdadera, como en el militar, en el que se proyecta a Texcoco como el reino aliado a Cortés con mayor importancia y fuerza, gracias a quienes, después de Dios, “se plantó la ley evangélica y se ganó la ciudad de México” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 463).

La estrategia del rescate en el marco historiográfico en el que Alva Ixtlilxóchitl da su versión de la caída de Tenochtitlan, oscila entre la fábula y la palabra autoral desde la que se defiende la versión expuesta. A propósito de una de las batallas previas a la toma del imperio mexica en la que se dice que Ixtlilxóchitl recibió un ejército de cincuenta mil hombres, repartido entre él, Alvarado y Sandoval para mantener la batalla contra el enemigo, el cronista texcocano aprovecha para refutar a otros historiadores que escribieron que dicho ejército se envió gracias a Tecocoltzin. Haciendo gala del rescate de fuentes locales como Alonso Axayaca, otras relaciones y pinturas antiguas –con las que busca que su versión sea la “verdadera”–, corrige anteriores marcos y señala que, para ese entonces, Tecocoltzin ya había fallecido (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 467).

Las dos caras del rescate en el marco texcocano desarrollado en la decimotercia relación, permiten magnificar en un primer plano al infante Ixtlilxóchitl al destacar que “se halló personalmente en todos los ochenta días que duró la guerra de México sin faltar uno tan solo” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 467). Para, pocas líneas después, criticar a Cortés por no dar noticia de los extraordinarios hechos del príncipe texcocano. Lo que, como consecuencia –e imaginando el movimiento en el marco textual planteado hacia el

presente histórico de Alva Ixtlilxóchitl— permite observar en un espacio marginal, tal vez en una de las esquinas inferiores del encuadre, la imagen de sus descendientes esperando algún premio, algunas casas y unas pocas tierras que disfrutar por los servicios prestados en el campo de batalla (1975c, 468).

En las postrimerías de los combates, Ixtlilxóchitl alcanza a evitar que Cortés muera ahogado o decapitado cerca de Tlatelolco, hecho que le da licencia al príncipe texcocano para reprehender al conquistador por ir solo al combate (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 471-472). Rescate, que se puede intuir, posibilita llegar a la imagen final de la caída de Tenochtitlan, desde la hibridación en la negociación conflictiva entre lo indígena y lo español con un significado político más profundo, como estrategia de incorporación utilizada por las culturas dominantes que busca que la extrañeza de las cosas nuevas inevitablemente se desvanezca y genere nuevos objetos culturales (Dean y Leibshon 13 y 24). Primeramente se ve a “Cortés con Ixtlilxóchitl y otros señores a la plaza para aguardar al rey Cuahitémoc según se lo enviaron decir” (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 477). Después, se observa a ambos personajes concertar, junto con el resto de los capitanes, el próximo embate que dará pie al desenlace de la batalla:

El día siguiente, que era de San Hipólito mártir, fueron hacia el rincón de los enemigos, Cortés por las calles, y Ixtlilxóchitl con Sandoval, que era el capitán de los bergantines, por agua hacia una laguna pequeña, que tenía aviso Ixtlilxóchitl, cómo el rey estaba allí con mucha gente en las barcas. (Alva Ixtlilxóchitl 1975c, 478)

En seguida aparece Garcí Holguín, el caos en el pueblo mexicana, Cuahitémoc pidiendo la muerte con el puñal y Cortés consolándolo con palabras amorosas, en concordancia con el marco canónico que ha dado cuenta de este acontecimiento. Con lo que se evidencia la forma en la que cronistas locales como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl encarnaron formas culturales que respondieron a la colonialidad de sus circunstancias, como parte de un fenómeno más complejo que el de simplemente hacer malabarismos con ciertos aspectos de sus tradiciones nativas a partir de la imposición de la cultura española (Díaz 5). Hace girar la estrategia del enaltecimiento hacia su antepasado Ixtlilxóchitl, utiliza la nostalgia como estrategia mnemotécnica para ampliar y modificar los hechos en beneficio de los suyos y los adscribe al sistema de valores, principalmente los religiosos, de los españoles. Lo que da como resultado la integración de su pasado mediante una mirada híbrida que desde el marco del rescate, muestra una habilidad lingüística fundamental para ser, simultáneamente igual y diferente, que busca desenmascarar al otro dentro del mismo enunciado en el que, a través de la escritura como categoría política, pretende desarticular al discurso autoritario para resarcir la ausencia de sus antepasados en las historias españolas (Young 19 y 21).

Conclusiones

El efecto pretendido en los marcos históricos propuestos por Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Bernardino de Sahagún y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl se busca a través de los distintos fondos de representación y sus respectivas tonalidades, mediante los contrastes en los que se contraponen y se iluminan con mayor o menor grado los personajes. A partir de su movimiento en planos que pueden ir, de acuerdo a cada punto de vista, sobre uno solo de ellos, o de uno solo a un plano más amplio en el que, desde el motivo central, se abarque a más personajes para una mejor recreación, desde su respectivo marco, de lo sucedido hace 500 años. Lo anterior, como un proceso generador de eventos imaginados a través de narrativas que condensan, encapsulan y dramatizan acontecimientos históricos a más largo plazo. Tales eventos tienen cualidades tan convincentes y un gran poder explicativo que pronto adquieren una

realidad etnohistórica propia (Gillespie 33).

En consecuencia, se obtuvieron como resultado de las miradas híbridas analizadas en este trabajo, el marco de la exaltación fundado en la admiración, la maravilla y lo extraordinario que despierta el personaje de Hernán Cortés como idealización de la Conquista; el del recuerdo que rebasa la idealización, para dar cabida al colectivo soldadesco desde el detalle de quien rememora y es capaz de desplazar la perspectiva hacia sí mismo; el de la profecía que representa a la energía divina detrás de los acontecimientos enmarcados, a través de una discursividad providencial cristiana que encuadra la transferencia de poder en la escenificación del cumplimiento de lo profetizado; finalmente, el marco del rescate, de una amplitud reparadora, que se apropia de elementos de los anteriores marcos, recreándolos en un encuadre local en el que los antiguos texcocanos, desde el contrapunteo y la comparación, pudieran entrar y volverse visibles. Todos como parte de un gran marco textual del que se desprenden las miradas del historiador, del soldado, del misionero y del mestizo, que interactúan desde sus respectivas identidades, que ajustan sus propios marcos y se mezclan desde el lugar del que emerge cada uno al dar su versión de los hechos, como parte del intercambio de poder político y de la oscilante relación centralidad-marginalidad propia del período colonial.

Obras citadas

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de. “Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España”. En Edmundo O’Gorman ed. *Obras Históricas*. Vol. 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1975a. 261-393.
- . “Relación sucinta en forma de memorial de la historia de la Nueva España y sus señoríos hasta el ingreso de los españoles”. En Edmundo O’Gorman ed. *Obras Históricas*. Vol. 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1975b. 395-413.
- . “Compendio histórico del Reino de Texcoco”. En Edmundo O’Gorman ed. *Obras Históricas*. Vol. 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1975c. 415-521.
- “Sumaria relación de la historia general de esta Nueva España desde el origen del mundo hasta la era de ahora”. En Edmundo O’Gorman ed. *Obras Históricas*. Vol. 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1975d. 523-562.
- Ankersmit, Franklin R. *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Berulés, Fina. “Introducción”. En Arthur C. Danto. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós, 1989. 9-27.
- Cadena de la, Marisol. “Are *Mestizos* Hybrids? Politics of Andean Identities”. *Journal of Latin American Studies* 37.2 (2005). 259-284.
- Castro-Klarén, Sara. “Produciendo a Sahagún: el problema de la autoría en Sahagún, Pablo de San Buena Ventura, Antonio Valeriano, Alonso Vegarano, Martín Jacobita y otros, o Sahagún y los neo-tlacuilos”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 86 (2017), 89-110.
- Costilla Martínez, Héctor. “Diego Durán y los saberes nativos desde el rasero de la cronística misionera”. *Hipogrifo. Revista de Literatura y cultura del siglo de oro* (en prensa).
- . “El proyecto franciscano de evangelización en la Nueva España: un análisis comparativo entre G. de Mendieta y J. D. Arricivita”. *DIECIOCHO Anejo* 7 (2021), 61-80.
- Dean, Carolyn y D. Leibsohn. “Hybridity and Its Discontents: Considering Visual Culture in Colonial Spanish America”. *Colonial Latin American Review* 12.1 (2010). 5-35.
- Díaz, Mónica. “Introduction. *Indio* identities in Colonial Spanish America”. En Mónica Díaz ed. *To be Indio in Colonial Spanish America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2017. 1-28.
- Díaz del C. Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Porrúa, 2000.
- García Loaeza, Pablo. “Ixtlilxóchitl, flor de la caballería en la conquista de México”. En Pablo García Loaeza y Héctor Costilla Martínez eds. *Nuevos asedios a la conquista de México*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar/Latinoamericana, 2021. 199-217.
- Liebmann, Matthew. “The Mickey Mouse kachina and other ‘Double Objects’: The hybridity in the material culture of colonial encounters”. *Journal of Social Archaeology* 15.3 (2015). 319-341.
- López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias y vida de Cortés*. Venezuela: Ayacucho, 1979a.
- . *Historia de la Conquista de México*. Venezuela: Ayacucho, 1979b.

- Ramírez Santacruz, Francisco y Héctor Costilla M. *Historia adoptada, Historia adaptada. La crónica mestiza del México colonial*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2019.
- Restall, Matthew. *Cuando Moteuczoma conoció a Cortés*. México: Taurus, 2018.
- Roe, Jeremy. "The identification and ennoblement of 'hybridity' during the Iberian Union 1580–1640". *Renaissance Studies* 34.4. (2019). 650-668.
- Rhua, Pedro de. "Cartas al Obispo de Mondoñedo". En Eugenio Ochoa y Ronna ed. *Epistolario español: colección de cartas de españoles ilustres, antiguos y modernos*. Madrid: M. Rivadeneyra, 1850-1950. 229-250.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. México: Porrúa, 2006.
- Trusted, Marjorie. "Transatlantic works of art: the hybrid qualities of two kinds of baroque". *Renaissance Studies* 34.4. (2019). 670-686.
- VanValkenburgh, Parker. "Hybridity, Creolization, Mestizaje: A Comment". *Archaeological Review from Cambridge* 28.1 (2013). 300-322.
- Young, Robert J.C. *Colonial Desire. Hybridity in theory, culture and race*. Londres: Routledge, 1995.